

Querido diario:

Marcela Guijosa



Como siempre que se acerca el fin de año, el poquito tiempo que queda se va vertiginosamente. Como el marcador del tanque de la gasolina: de cuando está lleno a cuando tiene medio, se va más o menos despacio. Luego, un poco más rápido. Pero cuando sólo queda un cuarto, en un instante desciende a vacío. Igualito que los meses del año. El tiempo no camina a velocidad constante.

(Pienso que ha de ser lo único bueno de la vejez: seguramente ese último cuarto de vida se va rapidísimo...)

Así se me han ido estas semanas, vertiginosamente.

Se me juntó el quehacer. La fiesta y el video de los 25 años de *fem*. Conseguir suplentes para mis talleres. Todo tenía que quedar arreglado para poder irme a Veracruz. Y sí se pudo.

El pretexto fue la boda de Laurita, sobrina de mi primer marido. Que la familia del muchacho es de Veracruz, y entonces la boda fue allá. Irían conmigo Mariana y Mateo. Se antojaba aprovechar el viaje y alargarlo un poco, disfrutar de varios días de vacaciones, y les propuse a Susana y a Anita que nos acompañaran. Entonces el plan se redondeó, y partimos contentísimos en la supercamioneta de Susi con rumbo a Tlacotalpan, legendario lugar ya consagrado por la UNESCO como Patrimonio de la Humanidad. Era imperdonable no conocerlo.

Primera impresión extraordinaria: el Río Papaloapan. Majestuoso, anchísimo, precioso. Inolvidable desde ese puente en

Alvarado, donde se junta con el mar. Después, por fin, a la orilla del río, Tlacotalpan de colores. Todas las casas, viejas y nuevas, están pintados de manera inverosímil y bicolor: rojo con verde, rosa con azul, morado con amarillo. Las construcciones son todas muy parecidas: techos altos, de dos aguas, cubiertos de tejas. Y todas tienen al frente portales con arcos, sobre frescos corredores que protegen del sol las puertas y las ventanas. Caminas por las calles y en cada casa te detienes, porque las ventanas, enormes, que llegan hasta el suelo, están muchas veces abiertas, y te asomas al interior. Siempre verás un juego de muebles muy parecidos: sillas o mecedoras de madera de cedro, con el asiento tejido de bejuco, y una mesita de centro. Todas las casas tienen esos muebles. Hay unas casonas muy elegantes, que serían el sueño dorado de mi mamá, con su vitrina y sus candiles de cristal cortado, con sus esquineros y sus macetas con enormes palmas y sus mesitas con planchas de mármol y sus camas con dosel. Otras son más sencillas, pero siempre verás los silloncitos de bejuco y la mesita de centro.

Y de repente sientes que el tiempo no pasa. O sientes que el tiempo ya pasó. Raro. Como congelado. Porque el pueblo está como muerto. Bajo la luz color de rosa del atardecer, caminas y caminas y no te encuentras a nadie. Las casas están cerradas y, aunque tengan las ventanas abiertas, no ves

casi a ningún habitante. Sólo hay gente en el hotel, un congreso de etnomusicólogos que estudian los sones de la región de sotavento: así se llama esta zona.

Hay varias placitas encantadoras, casi todas desiertas. Nos sentamos a tomar una cerveza en unas mesas al aire libre. Se ve la iglesia, antiquísima, cerrada. El jardín lleno de flores. Las bancas con mosaicos hermosísimos. Poca gente: una familia en otra mesa. Algún chavo, una señora, pasan en sus bicicletas. Una camioneta llena de plátanos verdes. Dos gringos. ¿Y los jóvenes de Tlacotalpan? ¿Estarán trabajando en California o en Arizona?

Al otro día, después de unas maravillosas gordas de frijol y varias picaditas de desayuno, seguimos caminando. Visitamos dos museitos,

Archivo fem



con muebles viejos, cuadros, recuerdos de aquellas épocas en que entraban los barcos grandes, procedentes de Europa, hasta aquí. Porque antes el Río Papaloapan era más ancho y más profundo: era navegable, dicen. Por eso hay tanto cristal cortado y tanta vajilla de Limoges y tanto piano y tanto mueble austriaco. Se nos informa que el 25% de la población sigue fabricando muebles de ese tipo, con su madera de cedro y su bejuco, que ahora yo creo que es de plástico, aunque esté muy bien tejidito. Y hacen miniaturas para los turistas, sillitas a escala, nos explican, nos recalcan que están a escala, y en todos lados las venden. Yo por supuesto que me compro una. El otro museo es como surrealista. Se llama mini-zoológico. Desde varias cuerdas antes lo anuncian en unos carteles carcomidos con las fotos deslavadas de dos cocodrilos y letreritos y flechitas que dicen 45 y 46 años.

Es una vieja casa, con su jardín interior, en el cual, en espacios mínimos, hay seis cocodrilos, que apenas caben, viejísimos, inmóviles, eternos. El viejo dueño agarra una vara y pretende picar al reptil de 46 años de edad para que veamos que se mueve, que está vivo, que no está disecado.



Mario Palacios Luna

Dice que él los atrapó a todos, y que ya no quedan cocodrilos en Tlacotalpan. Sólo esos.

En unas jaulas tiene un águila enferma y un gavilán pollero. En el pequeño jardín deambulan dos pelícanos blancos, unos patos y un pájaro muy chistoso, entre perico y halcón, que hace un ruido como castañuelas. Adentro de la casa hay trebejos de todo tipo; muchas cosas de fierro: planchas, balanzas, sables, espadas, mosquetones, carabinas, todo muy viejo y muy oxidado, y todo dizque histórico: esta espada fue de Don Porfirio, este sombrero era del mismísimo Pancho Villa. Un cuarto con fotos de Agustín Lara, porque el mito sigue vivo, Agustín nació aquí. El viejo nos recita los nombres de todas sus esposas, nos presume, lo admira. En este museo, conmovidos, nos compramos algunos recuerditos: cocodrilos y jaranitas, llaveros, separadores de libros de madera pintada de colores con sus casitas y con sus palmeras borrachas, con su letrero de Recuerdo de Tlacotalpan. Volvemos a la vida con unos coctelazos a la orilla del río, nos despedimos de la ciudad-museo y nos vamos al Puerto de Veracruz.

El tiempo agarra más velocidad. No tanta como en la ciudad de México. Veracruz está cambiadísimo, en unos pedazos el sabor es como de Dallas: avenida tipo periférico, hoteles nuevos y enormes, edificios de cristal, centro de convenciones modernísimo, mucho vips y sanbors y macdonalds y blockbusters y moles varios. Yo pienso: ¿no habrá progreso a la mexicana? ¿Todo lo nuevo tiene que parecer global y uniformemente gringo?

Y la boda resulta, oh dolor, rápida y aburrida, cliché de boda, salón cerrado con música a altísimo volumen que no te deja platicar con los parientes que hace tanto que no ves y que vinieron desde tan lejos, y sientes que tu cuidadoso arreglo con huipil chulísimo y hasta rímel para nada, y tanto viaje y tanto dinero y tanto pagar

hotel para encontrarse y nadie se encuentra y comes sopa de crema de cilantro y pollo a la reina, y la gente baila No rompas más, mi pobre corazón, y todas las mismas rolas, todo idéntico, todo previsible, la mesa de diez personas aburridas y con los tímpanos a punto de reventar, sólo la juventud bailadora se divierte, en el fondo ha de ser por el alcohol, ya borracho no te importa el volumen y te paras a bailar y a echar desmadre, y al otro día siquiera te consuela un poquito haber dormido en el hotel Mocambo junto al mar de Mocambo y los músicos jarochos que todavía están vivos y todavía saben tocar perfectamente La Bruja y el Cascabel con su cinta morada y que le dedican unas pícaras coplas a la pobre de Anita que se pone tan roja de la pena y en la tarde el mar del malecón y el café con leche con pan de dulce de la Parroquia y los meseros viejitos de siempre y luego aceptas al fotógrafo que te tome una foto polaroid con el mar y los barcos de fondo, igual que la gran familia mexicana que se retrata y se pasea entre el olor a caño y a pescado podrido y los innumerables puestos de Vírgenes de Guadalupe enmarcadas en caracolitos aunque ya muchas son de plástico y están hechas en Hong Kong, igual que los ceniceros y las camisetas y los llaveros aunque digan Recuerdo de Veracruz.

Y el sentimiento que me predomina en estas dos semanas y después de todo es una especie de dolor, no muy agudo, más bien crónico, que tiene que ver con el tiempo, con ya nada es lo que era, todo tiempo pasado fue mejor, cómo se pasa la vida, que rápido ya es diciembre y apúrale porque hay que decidir el intercambio de regalos y qué día se podrá porque ese sábado ya tengo una comida y un brindis y ver quién va a guisar el bacalao y el caldo de camarón, no oye, mejor romeritos, y dónde pasaremos el año nuevo y yo francamente mejor me quisiera dormir... *